

August Strindberg

La Señorita Julia

Personajes

La Señorita Julia: veinticinco años.

Juan: criado, treinta años.

Cristina: cocinera, treinta y cinco años.

La acción, en la cocina del conde, la noche de San Juan.

Decorado

Una cocina grande, cuyo techo y paredes quedan ocultos por cortinas y bambalinas. La pared del fondo corre diagonalmente hacia el centro de la habitación, desde la izquierda. A la izquierda, dos vasares con cacerolas de cobre, hierro y recipientes de estaño. Los vasares están adornados con papel festoneado, un poco a la derecha vemos tres cuartas partes de una gran puerta abovedada, a través de cuyas cristaleras se ve una fuente con una estatuilla de Cupido, lilas en flor y unos álamos blancos, A la izquierda del escenario, la esquina de un fogón de azulejos con un trozo de la campana.

A la derecha sobresale una esquina de la mesa de la servidumbre, de pino blanco, y unas sillas.

El fogón esta adornado con ramas de abedul y el suelo cubierto con ramitas de enebro.

En el extremo de la mesa, un recipiente de especias japonés con un ramo de lilas.

Una nevera, un fregadero, un aguamanil.

Encima de la puerta, una campanilla grande, un poco antigua, y a su izquierda una bocina de comunicación interior.

CRISTINA está junto a la cocina friendo algo en una sartén. Lleva un vestido claro de algodón y un delantal.

JUAN, de librea, entra llevando en la mano un par de botas de montar, grandes y con espuelas, que deja en el suelo en un lugar bien visible para el público.

JUAN: ¡Esta noche la señorita Julia vuelve a estar loca! ¡Loca de atar!

CRISTINA: ¡Hombre! Ya aparece el señor...

JUAN: Llevé al conde a la estación y al volver entré en el granero para echar un baile.

Y allí vi nada menos que a la señorita bailando con el guardabosque. Pero nada más verme, vino corriendo hacia mí y me sacó a bailar -era el baile en que le toca a la mujer elegir pareja. ¡Y qué manera de bailar! ¡Nunca he visto nada igual! ¡Está loca!

CRISTINA: Siempre lo ha estado, pero nunca tanto como estas dos últimas semanas.

Desde que la dejó el novio.

JUAN: ¡Una bonita historia! Sería pobre, sí... pero era un caballero. ¡Qué gentes tan complicadas! (Se sienta en el extremo de la mesa.) De todas formas es muy extraño que la señorita..., bueno..., prefiera quedarse en casa con los criados a ir con su padre a celebrar la fiesta de San Juan en familia.

CRISTINA: Después de todo el jaleo con el novio está como avergonzada.

JUAN: ¡Quizás sea eso! Pero, en todo caso, él era todo un hombre. ¿Sabes lo que pasó? Yo lo vi todo, a escondidas, claro.

CRISTINA: ¿Que lo viste...?

JUAN: Sí, lo vi. Todo. Fue una tarde, ellos estaban solos en la cuadra y la señorita lo estaba "amaestrando", como ella decía. ¿Sabes cómo? Pues haciéndole saltar sobre la fusta igual que se les enseña a los perros. El saltó dos veces y cada vez recibió un fustazo. Pero a la tercera le quitó la fusta de la mano y la rompió en mil pedazos. ¡Y se marchó!

CRISTINA: ¿Así es que eso fue lo que pasó? ¡No puedo creerlo!

JUAN: Así fue, y ¡dejémoslo ya! Y ahora vamos a ver, ¿qué tienes de bueno para mí Cristina?

CRISTINA (sirviéndole a JUAN directamente de la sartén). Unos riñoncitos que acabo de cortar del espaldar de ternera.

JUAN (oliendo la comida).-¡Estupendo! ¡Mi bocado preferido! (Tocando el plato.)

¡Pero podías haber calentado el plato!

CRISTINA: Cuando te pones tonto, ¡eres más exigente que el mismísimo conde! (Le tira cariñosamente del pelo.)

JUAN (molesto).-¡Déjame! ¡No me tires del pelo! Ya sabes lo delicado que soy.

CRISTINA: Pero, hombre, si era una caricia..., ¡ya lo sabes!

(JUAN come. CRISTINA abre una botella de cerveza.)

JUAN: ¿Cerveza, la noche de San Juan? ¡No, muchísimas gracias! ¡Yo tengo algo mejor! (Abre el cajón de la mesa y saca una botella de vino cerrada con lacre amarillo.)

Lacre amarillo, ¿lo ves? ¡Mira qué vino! ¡Dame un vaso! No, no, una copa, naturalmente. Para un vino como éste, ¡una copa de cristal!

CRISTINA (se vuelve a la cocina y pone sobre el fuego una pequeña cacerola).-¡Que Dios ampare a la pobre que se case contigo! ¡Vaya exigencias! ¡Pues no es quisquilloso el señor!

JUAN: ¡De boquilla! ¡Darías saltos de alegría si pescases a un caballero como yo! ¡Y no creo que te perjudique el que la gente me considere tu novio! (Prueba el vino.) Muy bueno... ¡Excelente! ¡Aunque podía haber estado un poquito más caliente! (Calienta la copa con las manos.) Lo compramos en Dijon. ¡A cuatro francos el litro, sin casco! ¡Y además, la aduana! ¿Qué estás guisando? ¡Huele a cuerno quemado!

CRISTINA: ¿Esto? Una guarrada de mierda que la señorita le va a dar a Diana.

JUAN: ¡Cristina, por favor, debes cuidar más tu lenguaje! Pero ¿por qué tienes que estar aquí guisando para esa cochina perra un día de fiesta? Estará enferma, ¿no?

CRISTINA: ¡Sí, sí, enferma! Se escapó con el chucho del guardián... y pasó lo que tenía que pasar... ¡Y la señorita no quiere saber nada de eso!

JUAN: Para algunas cosas, la señorita es demasiado vanidosa, y, sin embargo, para otras carece completamente de orgullo. En eso es exactamente igual que su difunta madre. Donde más a gusto estaba era en la cocina y en la cuadra, pero se negaba a salir si habíamos enganchado sólo un caballo en el coche. Andaba con los puños de las blusas sucios, pero tenía que llevar la corona del conde en los botones. Y volviendo a la señorita, ella descuida su posición social y su aspecto personal. Hasta podría decir que no es distinguida. Hace un momento, cuando estaba bailando en el granero, le quitó la pareja a Ana y se puso a bailar con el guardabosque sin esperar a que la sacase. Ninguno de nosotros se atrevería a hacer una cosa así. Pero eso es lo que pasa cuando los señores quieren hacerse ordinarios..., ¡que son ordinarios de verdad! ¡Pero como mujer es espléndida! ¡Magnífica! ¡Qué espalda y qué... etcétera!

CRISTINA: ¡Bueno, sin exagerar, que no es para tanto! ¡Yo he oído lo que dice Clara, que la viste todos los días!

JUAN: ¡Bah, Clara! ¡Eso no es más que envidia! Yo que he salido a caballo con ella... ¡Y además cómo baila!

CRISTINA: Oye, Juan, ¿no querrás venir a bailar conmigo cuando haya terminado con esto?

JUAN: ¡Pues claro que iré!

CRISTINA: ¿Me lo prometes?

JUAN: ¿Para qué? Cuando yo digo que hago una cosa, la hago. Ahora quiero darte las gracias por la cena. ¡Estaba deliciosa! (Tapa la botella con el corcho.)

LA SEÑORITA JULIA (en la puerta, hablando hacia afuera).-¡Vuelvo en seguida! ¡Seguid y ya os alcanzaré!

(JUAN mete discretamente la botella en el cajón de la mesa; se pone de pie respetuosamente.)

LA SEÑORITA (entra y se dirige hacia CRISTINA, que está junto a la cocina).-¿Qué, ya está preparado?

(CRISTINA le indica, con un gesto, que JUAN está allí.)

JUAN (galante).-¿Andan con secretillos las señoras?

LA SEÑORITA: (le da con el pañuelo en la cara).-¡Por curioso!

JUAN: ¡Ah, qué bien huele! ¡Violetas!

LA SEÑORITA: (con coquetería).-¡Insolente! ¿También entiende de perfumes, eh? Porque bailar, sí sabe... ¡y bien!... ¡No se mira! ¡Fuera de aquí!

JUAN: (descarado, pero educadamente).-¿Están preparando las señoras algún filtro mágico para la noche de San Juan? ¿Algo para leer el destino y ver la cara del futuro esposo?

LA SEÑORITA: (seca).-¡Buena vista tendría que tener para ver eso! (A CRISTINA.)
¡Échalo en una botella pequeña y tápala bien! Y ahora, Juan, venga a bailar una polca conmigo...

JUAN: (vacilante).-Yo no querría ser descortés con nadie, pero este baile se lo había prometido ya a Cristina...

LA SEÑORITA: -Bueno, ya bailará otros con ella. ¿Verdad, Cristina? ¿No quieres prestarme a Juan?

CRISTINA: -Eso no depende de mí. Si la señorita tiene la deferencia de invitarlo, no está bien que él diga que no. Que vaya, sin más historias. Y da las gracias por el honor que te hace.

JUAN: -Hablando con franqueza, claro que sin intención de ofender, me pregunto si es prudente que la señorita Julia baile dos veces seguidas con la misma pareja, especialmente entre esta gente tan dada a hacer suposiciones...

JULIA: (enfurecida).-Suposiciones..., pero ¿qué suposiciones? ¿Qué quiere decir con eso?

JUAN: (sumiso). ¿Como la señorita no quiere comprender, le voy a hablar con más claridad. No está bien visto que usted muestre preferencias por uno de sus criados delante de los demás que están esperando ese excepcional honor...

LA SEÑORITA: -¡Preferencias! ¡Qué ilusiones! ¡Es asombroso! Yo, la señora de estos dominios, me digno honrar el baile de mis gentes y cuando quiero bailar, como ahora, quiero hacerlo con alguien que sepa llevar para ahorrarme hacer el ridículo.

JUAN: -¡Como mande la señora! ¡Estoy a sus órdenes!

LA SEÑORITA: (con amabilidad).-¡No lo tomes como una orden! ¡Ahora nos vamos a la fiesta llenos de alegría! ¡Y olvidemos el rango y los títulos! ¡Bien, dame el brazo! ¡No te preocupes, Cristina! ¡No te voy a quitar el novio!

(JUAN le ofrece el brazo a LA SEÑORITA y la lleva hacia la salida.)

Pantomima

(Se representa como si la actriz estuviese realmente sola en el teatro. Cuando haga falta dará la espalda al público. No mirará al salón. No se da ninguna prisa, como si no tuviese miedo de que el público se impacientase).

CRISTINA sola. Música de violines en la lejanía, una polca.

CRISTINA tararea la música mientras quita el plato que JUAN ha dejado en la mesa, lo friega, lo seca y lo pone en un armario.

Luego se quita el delantal. Saca un espejito del cajón de la mesa y lo apoya contra el tarro de las lilas que hay sobre la mesa. Enciende una vela y calienta en su llama unas tenacillas con las que se hace un bucle sobre la frente.

Después va a la puerta y se pone a escuchar. Vuelve a la mesa. Encuentra el pañuelo que se olvidó LA SEÑORITA. Lo coge y lo huele; luego lo extiende bien, como pensando en otras cosas, lo estira, lo alisa y lo dobla en cuatro, etc.

JUAN: (entrando solo).-¡Pero está completamente loca! ¡Qué manera de bailar! ¡Y todo el mundo burlándose de ella a sus espaldas! ¿Qué dices tú de todo esto, Cristina?

CRISTINA: Bah, será porque le toca la regla y entonces siempre está así de rara. Pero ¿no vas a venir a bailar conmigo ahora?

JUAN: No estás, pues, enfadada por haberte dejado plantada. ..

CRISTINA: ¡Qué va! ¡Y bien que lo sabes! ¡No me voy a enfadar por tan poca cosa! Además, yo sé cuál es mi sitio...

JUAN (le rodea la cintura con el brazo).-Eres una chica muy comprensiva, Cristina, y serás una excelente esposa. ..

LA SEÑORITA (entra. Queda desagradablemente sorprendida. Y dice con forzada jocosidad).-Aquí tenemos al perfecto caballero... que se va dejando plantada a su dama.

JUAN: ¡Al contrario, señorita Julia, como ve he venido volando al lado de la que había abandonado!

LA SEÑORITA: (cambia de conversación).-¿Sabe una cosa? ¡Que baila mejor que nadie! Pero ¿por qué va de librea en una noche de fiesta? ¡Quítesela inmediatamente!

JUAN: Entonces tengo que rogarle a la señorita que se retire un momento, porque tengo la chaqueta negra ahí... (Hace un gesto como si fuese a dirigirse hacia la derecha.)

LA SEÑORITA: ¿Tanta vergüenza le doy? ¡Para cambiarse de chaqueta! Vaya, pues, a su cuarto y vuelva. O si no, quédese, yo me volveré de espaldas.

JUAN: ¡Con su permiso, señorita! (Va hacia la derecha. Se ve su brazo cuando se cambia de chaqueta.)

LA SEÑORITA (a CRISTINA).-Oye, Cristina... Juan será tu novio ¿no?... Como tenéis tal intimidad...

CRISTINA: ¿Novio? Pues sí, si a usted le parece... Nosotros lo llamamos así.

LA SEÑORITA: ¿Lo llamáis?

CRISTINA: Bueno, la señorita también ha tenido novio y...

LA SEÑORITA: Nosotros estábamos prometidos como Dios manda...

CRISTINA: Y sin embargo todo quedó en agua de borrajas...

(JUAN entra de levita y sombrero hongo negros.)

LA SEÑORITA: Tres gentil, monsieur Jean! Tres gentil!

JUAN: Vous voulez plaisanter, madame!

LA SEÑORITA: Et vous voulez, parler français! ¿Dónde lo aprendió?

JUAN: En Suiza, cuando estuve de camarero en uno de los mejores hoteles de Lucerna.

LA SEÑORITA: ¡Pero si parece un señor con esa levita! Charmant! (Se sienta a la mesa.)

JUAN: ¡Oh! ¡La señorita me adula!

LA SEÑORITA: (ofendida).-¿Adular, yo? Y... ¿a usted?

JUAN: Mi natural modestia me impide creer que usted dirija cumplidos sinceros a un hombre como yo y por eso me he permitido suponer que usted exageraba, es decir, ¡lo que se llama adular!

LA SEÑORITA: ¡Qué elocuencia! ¿Dónde ha aprendido a hablar así? Habrá ido mucho al teatro...

JUAN: ¡También allí! ¡Yo he estado en muchos sitios!

LA SEÑORITA: Pero nació aquí, por estas tierras.

JUAN: Mi padre era peón en una hacienda cercana, en la del fiscal provincial. ¡Cuando la señorita era una niña, yo la veía muy a menudo, aunque, claro, usted no se fijaba en mí!

LA SEÑORITA: ¿Ah, sí? ¿De verdad?

JUAN: Sí, y recuerdo especialmente una vez..., ¡no, no puedo contarle!

LA SEÑORITA: ¡Oh, sí! ¡Cuéntelo, cuéntelo! ¡Ande, haga una excepción por mí!

JUAN: No, ahora no puedo. ¡De verdad! Quizá en otra ocasión.

LA SEÑORITA: Eso es un pretexto. Ya verá como no habrá otra ocasión... ¿Es tan peligroso contarle ahora?

JUAN: No, peligroso, no, pero hay algo que no me deja..., no, no puedo. ¡Mire usted a ésa! (Se refiere a CRISTINA, que se ha quedado dormida en una silla junto al fogón.)

LA SEÑORITA: ¡Será una excelente esposa! A lo mejor hasta ronca...

JUAN: No, no ronca, pero habla en sueños.

LA SEÑORITA: (cínicamente).-¿Cómo sabe que habla en Sueños?

JUAN (con descaro).-¡Porque la he oído!

(Pausa, durante la que ambos se miran mutuamente.)

LA SEÑORITA: ¿Por qué no se sienta?

JUAN: ¡No puedo permitírmelo en su presencia!

LA SEÑORITA: ¿Y sí se lo ordenara?

JUAN. - ¡Obedecería!

LA SEÑORITA: ¡Siéntese, pues! ¡Espere! ¿Podría darme antes algo de beber?

JUAN: No sé qué habrá en la nevera. Creo que no hay más que cerveza...

LA SEÑORITA: ¡Me basta! Yo tengo gustos muy sencillos y la prefiero al vino.

JUAN (saca una botella de cerveza de la nevera y la abre. Va al armario a coger un vaso y un plato y sirve la cerveza).-¡Está usted servida!

LA SEÑORITA: ¡Gracias! ¿Y usted no va a beber?

JUAN: No soy precisamente un gran amante de la cerveza, pero si la señorita lo ordena...

LA SEÑORITA: ¿Ordenarlo? Creo que las normas de la buena educación obligan a un caballero a acompañar a su dama.

JUAN: ¡Una observación muy aguda! (Abre otra botella y coge un vaso.)

LA SEÑORITA: ¡Brinde ahora a mi salud! (JUAN duda.)

LA SEÑORITA: Parece que este hombrón es muy tímido.

JUAN: (de rodillas, bromeando, haciendo una parodia, levanta su vaso).-¡A la salud de mi señora!

LA SEÑORITA: ¡Bravo! Béseme ahora el zapato y la ceremonia quedará perfecta. (JUAN duda, pero luego, audazmente, le coge el pie y lo besa ligeramente.)

LA SEÑORITA: ¡Excelente! ¡Debería haber sido actor!

JUAN (se levanta).-Esto tiene que terminar, señorita. Podría entrar alguien y vernos.

LA SEÑORITA: ¿Y qué?

JUAN: Que la gente empezaría a hablar, sencillamente. ¡Eso es todo! Si usted supiese cómo le han estado dando a la lengua allá arriba hace un momento, entonces...

LA SEÑORITA: ¿Qué decían? ¡Dígamelo! ¡Siéntese ya!

JUAN (se sienta).-No quisiera ofenderla, pero utilizaban unas expresiones... que despertaban sospechas de un tipo que... ¡bueno, ya puede imaginárselo! Usted ya no es una niña y cuando se ve a una señora sola bebiendo con un hombre..., sí, aunque sea un criado..., de noche..., entonces...

LA SEÑORITA: Entonces, ¿qué? Y además no estamos solos. Cristina está ahí.

JUAN: ¡Dormida!

LA SEÑORITA: Entonces voy a despertarla. (Se levanta.) ¡Cristina! ¿Estás dormida? ¿Duermes?

CRISTINA (dormida).- ¡Bla-bla-bla-bla!

LA SEÑORITA: ¡Cristina! ¡Está como un tronco! ¡Cómo duerme!

CRISTINA (dormida).-Las botas del señor conde están lustradas... Preparar el café -sí, enseguida, en seguida, en seguida-, oh, oh, ¡puh!

LA SEÑORITA (tirándole de la nariz).-¡Despierta de una vez!

JUAN (con energía).-¡No se debe molestar al que duerme!

LA SEÑORITA (con dureza).-¿Cómo?

JUAN: La persona que ha estado todo el día trabajando en la cocina tiene derecho a estar cansada por la noche. Y a que se le respete el sueño...

LA SEÑORITA: (cambiando de tono).-Un hermoso pensamiento... que le honra, ¡muchas gracias! (Dándole la mano a JUAN.) ¡Vamos afuera y cójame un ramito de lilas!

(Durante la escena siguiente, CRISTINA se despierta y va andando, completamente amodorrada, hacia la derecha para acostarse.)

JUAN: ¿Con la señorita?

LA SEÑORITA: ¡Conmigo!

JUAN: ¡No puede ser! ¡Imposible!

LA SEÑORITA: No logro entender lo que está pasando. Porque no creo que usted se esté imaginando algo que...

JUAN: Yo no, pero la gente sí.

LA SEÑORITA: ¿Y qué se imaginan...? ¿Que estoy enamorada del criado?

JUAN: No soy vanidoso, pero ha habido casos... Y para la gente no hay nada sagrado.

LA SEÑORITA: ¡Un aristócrata, sin duda!

JUAN: Sí, lo soy.

LA SEÑORITA: Yo descenderé de mis alturas...

JUAN: ¡No lo haga, señorita! ¡Siga mi consejo! Nadie va a creer que ha descendido voluntariamente. ¡La gente dirá siempre que ha caído!

LA SEÑORITA: ¡Tengo mejor opinión de la gente que usted! ¡Venga conmigo y ya veremos! ¡Venga! (Lo mira con gran intensidad.)

JUAN: ¿Sabe que es usted muy extraña?

LA SEÑORITA: ¡Quizá! ¡Pero usted también lo es! ¡Y además todo es extraño! La vida, las personas, todo... es como esa nieve sucia que flota en el agua, que arrastran los ríos hasta que se hunde, se hunde... Me acuerdo ahora de un sueño que tengo de vez en cuando. Estoy sentada en lo alto de una columna a la que he trepado y no veo posibilidad alguna de bajar. Cuando miro abajo siento vértigo... Tengo que bajar, pero no me atrevo a saltar. No puedo seguir sujetándome allí arriba y deseo vehementemente caer, pero no caigo. Y, sin embargo, sé que no tendré paz ni descanso hasta que no llegue abajo, hasta que no me vea en el suelo. Y una vez en el suelo deseo hundirme en la tierra... ¿Ha tenido usted alguna vez una sensación parecida?

JUAN: ¡No! Yo suelo soñar que estoy tumbado bajo un árbol muy alto en un bosque oscuro. Quiero subir, subir hasta la copa para contemplar desde allí el hermoso paisaje donde brilla el sol y para saquear el nido que hay allí arriba donde están los huevos de oro. Y yo trepo sin descanso, pero el tronco es muy grueso y escurridizo... y la primera rama está tan alta. Pero yo sé que me bastaría con alcanzar esa primera rama para subir luego hasta la copa como por una escalera. Todavía no la he alcanzado, pero la alcanzaré..., ¡aunque sólo sea en sueños!

LA SEÑORITA: ¡Y yo aquí hablando de sueños con usted! ¡Venga! ¡Vamos a salir! ¡Aunque sólo sea al parque! (Ella le ofrece el brazo y van hacia la puerta.)

JUAN: ¡Esta noche dormiremos con las nueve florecillas de San Juan bajo la almohada, así nuestros sueños se harán realidad!

(LA SEÑORITA y JUAN se detienen y se vuelven en la puerta.

JUAN se lleva la mano a un ojo.)

LA SEÑORITA: ¿Se le ha metido algo en el ojo? ¡Déjeme ver!

JUAN: Oh. No es nada..., una mota de polvo..., ¡pasará en seguida!

LA SEÑORITA: Le he rozado con la manga de mi vestido. ¡Siéntese que le voy a sacar la mota! (Lo coge del brazo y }o sienta; luego le echa la cabeza hacia atrás y con la punta de su pañuelo intenta sacarle la mota de polvo.) ¡Ahora no se mueva! ¡Quietecito! (Le da un golpe en la mano.) ¡A ver si así obedece! ¡Parece que este hombrón tan fuerte está temblando como un adolescente! (Tocándole los bíceps.) ¡Con estos brazos!

JUAN (advirtiéndola del peligro).-¡Señorita Julia!

LA SEÑORITA: Oui, monsieur Jean!

JUAN: Attention! Je ne suis qu'un homme!

LA SEÑORITA: ¡Quiere estarse quieto! ¡Eso es! ¡Ya salió! ¡Béseme la mano y déme las gracias!

JUAN (poniéndose en pie).-Señorita Julia, ¡escúcheme! ¡Ahora Cristina ya se ha ido a dormir! ¡Por favor, escúcheme!

LA SEÑORITA: ¡Antes béseme la mano!

JUAN: ¡ Escúcheme!

LA SEÑORITA: ¡Antes béseme la mano!

JUAN: ¡Bien, pero la culpa será suya!

LA SEÑORITA: La culpa, ¿de qué?

JUAN: ¿De qué? ¿Sigue siendo tan niña a los veinticinco años? ¿No sabe que es peligroso jugar con fuego?

LA SEÑORITA: Para mí, no. ¡Estoy asegurada!

JUAN (con audacia).-¡No, no lo está! ¡Y aunque lo estuviese! ¡Piense que hay materia inflamable a su lado!

LA SEÑORITA: ¿Se refiere a... usted?

JUAN: ¡Sí! No porque sea yo, sino porque soy un hombre joven...

LA SEÑORITA: De buena presencia... ¡Qué vanidad tan increíble! Tal vez... ¿un Don Juan? ¿O un casto José? ¡Sí, eso es, estoy segura de que es un José!

JUAN: ¿Usted cree?

LA SEÑORITA: ¡Me lo estoy temiendo!

(JUAN se acerca, con gran atrevimiento, tratando de cogerla por la cintura para besarla.)

LA SEÑORITA: (dándole una bofetada).-¡Sinvergüenza! ¡A tu sitio!

JUAN: ¿Es en serio o en broma?

LA SEÑORITA: ¡En serio!

JUAN: ¡Entonces lo de antes también era en serio! ¡Usted juega demasiado en serio y eso es lo peligroso! Yo ahora ya estoy cansado de juegos y le suplico que me permita volver a mis ocupaciones. Las botas del señor conde tienen que estar listas a tiempo y ya es bastante más de medianoche.

LA SEÑORITA: ¡Olvídate de las botas!

JUAN: ¡No! Ese es mi trabajo y tengo que hacerlo. Pero entre mis obligaciones no está la de ser se juguete. Y no lo seré nunca. Valgo demasiado para eso.

LA SEÑORITA: ¡Es usted muy orgulloso!

JUAN: Para unas cosas, sí; para otras, no.

LA SEÑORITA: ¿Has amado alguna vez?

JUAN: Nosotros no empleamos esa palabra, pero sí, me han gustado muchas chicas. ¡Y una vez llegué a enfermar al no poder conseguir la que quería! ¡Pero enfermo como los príncipes de Las mil y una noches que no podían comer ni beber de puro amor!

LA SEÑORITA: ¿Quién era?

(JUAN no contesta.)

LA SEÑORITA: ¿Quién era?

JUAN: No puede obligarme a decirlo.

LA SEÑORITA: Si se lo pido como a un igual, como... a un amigo... ¿Quién era?

JUAN: ¡Usted!

LA SEÑORITA: (se sienta).-¡Qué absurdo...!

JUAN: ¡Sí, de acuerdo! ¡Era ridículo! ¡Esa es la historia que no quería contarle antes, pero ahora voy a hacerlo!

¿Usted sabe el aspecto que tiene el mundo visto desde aquí abajo? No, claro, ¡cómo lo va a saber! ¡Como las águilas y los halcones, a los que raras veces se les ve el lomo porque casi siempre están volando por las alturas! ¡Yo vivía en una cabaña de peón con siete hermanos y un cerdo, en un páramo grisáceo donde no crecía un árbol! Pero desde la ventana veía los manzanos asomando sobre las tapias del parque del señor conde. Era el Jardín del Edén. Unos ángeles hostiles montaban guardia con sus espadas de fuego. A pesar de ello otros chicos y yo descubrimos el camino que nos llevaba al árbol de la vida. Ahora usted me despreciará...

LA SEÑORITA: ¡¿Por robar manzanas?! Eso lo hacen todos los chicos.

JUAN: ¡Eso lo dice usted ahora, pero, en realidad, me desprecia! ¡Qué más me da! Un día entré con mi madre en el Edén para escardar los campos de cebollas. Junto a la huerta, a la sombra de los jazmines, había un pequeño pabellón turco, cubierto de madreSelva. Yo no sabía para qué podría utilizarse, pero nunca había visto una construcción tan hermosa. La gente entraba, y salía después de un ratito. Y un día quedó la puerta abierta. Entré sin ser visto y allí estuve contemplando las paredes cubiertas de bellos cuadros de reyes y emperadores, y en las ventanas había cortinas rojas con flecos de seda... Ahora ya sabrá a qué me estoy refiriendo... Yo... (corta unas lilas y se las da a oler a LA SEÑORITA,) ...yo no había entrado nunca al palacio, lo único que había visto era la iglesia, pero aquello era mucho más hermoso. Y cualquiera que fuese el curso que tomaban mis pensamientos, terminaban siempre por volver... allí. Y poco a poco fue creándose en mí el anhelo de gozar, aunque sólo fuese una vez, el placer completo de... ¡en fin! Me metí sin que me viesen, y allí estaba contemplando y gozando. ¡Pero entonces oí que venía alguien! Para los señores no había más que una salida, pero para mí había otra, ¡y como no tenía otra alternativa me metí por ella!

(LA SEÑORITA, que ha cogido la ramita de lilas, la deja caer sobre la mesa.)

JUAN: Después eché a correr, atravesé por un seto de frambuesas, crucé a toda velocidad los bancales de fresas y llegué hasta la terraza de los rosales. Y allí vi un vestidito rosa y unas medias blancas... ¡era usted! Me escondí metiéndome debajo de un montón de malezas -debajo... ya puede usted imaginarse-, debajo de cardos que me pinchaban y una hedionda tierra húmeda. Y yo la veía desde allí paseándose entre las rosas y pensé: si es cierto que un ladrón puede entrar en el reino de los cielos y estar allí entre los ángeles, ¿por qué, en este mundo de Dios, no ha de poder entrar el hijo de un peón al parque del palacio a jugar con la hija del conde?

LA SEÑORITA: (sentimental).-¿Cree usted que todos los niños pobres hubiesen pensado lo mismo que usted en esa situación?

JUAN (primero dudoso, luego convincente).-Que si todos los niños pobres..., sí, claro... ¡Naturalmente! ¡Naturalmente!

LA SEÑORITA: ¡Debe ser una desgracia espantosa ser pobre!

JUAN (con profundo dolor, muy exagerado).-¡Oh, señorita Julia! ¡Oh! Un perro puede tumbarse en el sofá de la condesa, un caballo puede recibir una caricia de la mano de una dama, pero un criado... (Cambiando de tono.) Sí, sí ya sé, alguno que otro tiene madera y logra alcanzar una buena posición..., ¡pero qué pocos casos de éstos se dan! Pero sigamos con mi historia. ¿Sabe lo que hice después? ¡Me metí vestido en el arroyo del molino! De allí tuvieron que sacarme y luego me pegaron. Pero al domingo siguiente, cuando mi padre con toda la familia fueron a ver a la abuela, me las arreglé para quedarme en casa. Me lavé bien con jabón y agua caliente, me puse mis mejores ropas y me fui a la iglesia con la esperanza de verla. La vi y me volví a casa decidido a morir. Pero quería una muerte bella, una muerte agradable, sin dolor. Entonces me acordé de que era peligroso dormir bajo un saúco. Nosotros teníamos uno muy grande, que precisamente estaba en flor. Lo dejé pelado y con las flores me preparé una cama en el arcón de la avena. ¿Ha notado lo suave que es la avena? ¡Tan suave al tacto como la piel de una mujer...! Sin embargo, dejé caer la tapa, cerré los ojos y me dormí. Cuando me despertaron estaba realmente muy enfermo. Pero, como usted ve, no llegué a morir. ¿Qué es lo que pretendía? ¡Pues no lo sé! No podía abrigar esperanzas de conquistarla... ¡y usted se convirtió para mí en el símbolo de la imposibilidad de salir de la clase en que había nacido!

LA SEÑORITA: ¿Sabe que es un gran narrador? ¿Fue a la escuela?

JUAN: Poco, pero he leído muchas novelas y he ido al teatro. Además oigo hablar a personas distinguidas, y de ellos es de quienes más he aprendido.

LA SEÑORITA: ¿Así es que se dedica a escuchar nuestras conversaciones?

JUAN: Pero ¡claro! ¡Si usted supiese la cantidad de cosas que he oído sentado en el pescante del coche o remando en sus paseos en barca! Un día oí a la señorita Julia y una amiga...

LA SEÑORITA: ¿Ah, sí? ¿Y qué oíste? ¿Y qué cosas oíste?

JUAN: Bueno..., no sería bonito repetirlo... ¡Pero sí puedo decirle que me quedé asombrado! ¡No podía explicarme dónde habían aprendido todas aquellas palabras! En el fondo, quizás no haya tanta diferencia como se cree entre unas personas y otras.

LA SEÑORITA: ¡Qué insolencia! Nosotros, cuando estamos prometidos, no hacemos lo que hacen los de su clase.

JUAN (mirándola fijamente).-¿Está segura? Mire, no se esfuerce en adoptar ese aire de inocencia conmigo...

LA SEÑORITA: El hombre al que entregué mi amor era un canalla.

JUAN: Es lo que se dice siempre... después.

LA SEÑORITA: ¿Siempre?

JUAN: Supongo que sí, siempre, porque ya he oído varias veces esa expresión en casos semejantes.

LA SEÑORITA: ¿Qué casos?

JUAN: ¡Este del que estamos hablando! La última vez...

LA SEÑORITA: (levantándose).-¡Calle! ¡No quiero oír más!

JUAN: Tampoco ella quería oír más... ¡Qué extraño! Bueno, yo le pido que me permita irme a acostar.

LA SEÑORITA: (con suavidad).-¿Irse a acostar la noche de San Juan?

JUAN: ¡Sí! ¡Realmente no me divierte bailar ahí arriba con esa gentuza!

LA SEÑORITA: Coja la llave de la barca y lléveme a dar una vuelta por el lago.

¡Quiero ver la salida del sol!

JUAN: ¿Le parece prudente?

LA SEÑORITA: ¡Cualquiera diría que teme por su reputación!

JUAN: ¿Y por qué no? No me gusta hacer el ridículo, ni tampoco querría que me despidiesen sin buenas referencias, tan importantes para el día en que quiera establecerme. Y además creo que tengo ciertas obligaciones para con Cristina.

LA SEÑORITA: ¡Vaya! Ahora me sale con Cristina...

JUAN: Pero también lo hago por usted. ¡Siga mi consejo! ¡Suba a su cuarto y acuéstese!

LA SEÑORITA: ¿Así es que tengo que obedecerle?

JUAN: Por una vez, sí. ¡Y por su propio bien! ¡Se lo ruego! La noche está muy avanzada, ¡el sueño emborracha y hace arder la cabeza! ¡Vaya a acostarse! ¡Además, si no oigo mal, la gente viene hacia aquí a buscarme! ¡Si nos encuentran juntos está usted perdida!

EL CORO (se acerca cantando):

Dos mujeres salían del bosque, tralarí - tralará - tralarí. Una llevaba los pies mojados, tralarí - tralará - tralarí.

Hablaban de cien monedas de plata, tralarí - tralará - tralarí;

pero no tenían ni un ochavo, tralarí - tralará - tralarí.

Y aunque te dé a ti estas flores, tralarí - tralará - tralarí, estoy pensando en otra, tralarí - tralará - tralarí.

LA SEÑORITA: Conozco a mis gentes y las quiero, como ellas me quieren a mí.

¡Déjelos que entren y lo verá!

JUAN: No, señorita Julia, no la quieren. ¡Aceptan su comida, pero después la desprecian! ¡Créame! ¡Escuche! ¡No tiene más que escuchar lo que cantan! ¡No, no los escuche!

LA SEÑORITA: (escuchando).-¿Qué cantan?

JUAN: Una canción difamatoria. ¡Sobre nosotros!

LA SEÑORITA: ¡Qué infames! ¡Qué perfidia!

JUAN: ¡La gentuza es siempre cobarde! Y en el combate con ella no queda más que huir.

LA SEÑORITA: ¿Huir? ¿Adonde? ¡No podemos salir! Tampoco podemos meternos en el cuarto de Cristina...

JUAN: ¡Pues entonces al mío! La necesidad no tiene ley. Y en mí puede usted confiar, porque soy un amigo de verdad, sincero y respetuoso.

LA SEÑORITA: Pero imagínese... ¡Imagínese que fuesen a buscarlo allí a su cuarto!

JUAN: Echaré el cerrojo. ¡Y si alguien trata de echar la puerta abajo dispararé! ¡Vamos! (De rodillas.) ¡Vamos ya!

LA SEÑORITA: (dando importancia a lo que dice).-¿Me promete...?

JUAN: ¡Lo juro!

(LA SEÑORITA sale con rapidez por la derecha. JUAN la sigue sin vacilación.)

Ballet

Entran Los CAMPESINOS vestidos de fiesta y con flores en los sombreros. Encabeza la comitiva uno de ellos tocando el violín. Ponen en la mesa un tonelito de cerveza y un barrilete de aguardiente cubiertos de ramas de abedul. Sacan vasos y beben. Luego forman un corro y bailan cantando la canción Dos mujeres venían del bosque. Cuando han terminado, se van por donde llegaron cantando.

(LA SEÑORITA entra sola. Ve el desorden de la cocina, junta las manos, saca después una polvera y se empolva la cara.)

JUAN (entra, exaltado).-¿Lo ve? ¡Ahí tiene! ¿Los ha oído bien? ¿Cree usted que podemos seguir aquí?

LA SEÑORITA: ¡No! Creo que no. Pero ¿qué otra cosa podemos hacer?

JUAN: ¡Huir! ¡Marcharnos de aquí, lejos...!

LA SEÑORITA: Marcharnos..., sí, pero ¿adonde?

JUAN: A Suiza, a los lagos italianos. ¿No ha estado nunca allí?

LA SEÑORITA: No. ¿Es bonito aquello?

JUAN: ¡Oh! ¡Un eterno verano! ¡Sol, naranjos, laureles..., oh!

LA SEÑORITA: Pero una vez allí... ¿qué haremos?

JUAN: Pondré un hotel. Un hotel con instalaciones de primera clase para clientes de primera clase.

LA SEÑORITA: ¿Un hotel?

JUAN: ¡Sí, eso es vida, créame! Caras nuevas, idiomas distintos constantemente, ni un minuto libre para andar con preocupaciones o nervios. No hace falta buscar quehaceres, ya que el negocio nos va trayendo el trabajo: la campana que no deja de sonar ni de día ni de noche, los trenes que silban, los autobuses que van y vienen sin cesar, mientras las monedas de oro ruedan por el mostrador y van llenando la caja. ¡Eso es vida!

LA SEÑORITA: ¡Sí, eso es vida! ¿Y yo?

JUAN: ¡La dueña de la casa, la joya del establecimiento! Con su belleza... y su distinción..., ¡oh!, ¡tenemos el éxito asegurado! ¡Fantástico! Usted estará sentada en la oficina como una reina y con sólo pulsar un timbre eléctrico pondrá en movimiento a los esclavos. Los huéspedes desfilarán ante su trono para depositar humildemente su tributo. Usted no se puede ni imaginar cómo tiembla la gente cuando se les pone una factura en la mano... ¡Yo me encargaré de ponerles hiel a esas cuentas y usted las

endulzará con la mejor de sus sonrisas. ¡Oh, Vámonos de aquí! (Saca del bolsillo una guía-horario de ferrocarriles.) ¡Inmediatamente, en el primer tren! A las seis y media estamos en Malmö. Mañana por la mañana, a las nueve menos veinte, en Hamburgo. De Francfort a Basilea, un día. Y llegaremos a Como, pasando el San Gotardo, vamos a ver, ¡en tres días! ¡Tres días!

LA SEÑORITA: ¡Todo eso está muy bien! Pero, Juan..., tú tienes que darme valor... ¡Dime que me quieres! ¡Abrázame!

JUAN (dudando).-¡Qué más quisiera..., pero no me atrevo! ¡No, en esta casa ya no! ¡Nunca más! Yo la quiero..., no puede dudarlo..., ¿acaso lo duda usted?

LA SEÑORITA: (con timidez verdaderamente femenina).- ¡Usted! ¡Hablame de tú! ¡Ya no hay barreras entre nosotros! ¡Tutéame!

JUAN (incómodo, angustiado).-¡No puedo! ¡Mientras sigamos en esta casa seguirá habiendo barreras entre nosotros! Aquí está el pasado. Está el conde... Jamás he conocido a otra persona que me inspire mayor respeto... Me basta con ver sus guantes en una silla para que me sienta como un niño... Me basta oír la campanilla para sobresaltarme como un caballo espantadizo... Y al ver ahora ahí sus botas tan severas y acusadoras, me sube un escalofrío por la espalda. (Les da una patada a las botas.) Sí, son supersticiones, prejuicios, que nos han ido metiendo en la cabeza, enseñando desde niños..., pero que podemos olvidar fácilmente. Basta con que nos vayamos a otro país, donde ya tengan una república, y verá cómo se doblan hasta el suelo ante la librea de mi criado..., ¡hasta el suelo se doblarán, ya verá, pero yo jamás! ¡Yo no he nacido para estar doblado hasta el suelo, porque yo tengo madera y carácter! Y el día que alcance la primera rama, ¡ese día me va a ver usted trepar! Hoy soy criado, pero el año que viene seré propietario, dentro de diez años seré rentista. Y luego me iré a Rumania, conseguiré alguna condecoración y puede -observe que digo "puede"- que acabe mis días siendo conde...

LA SEÑORITA: ¡Hermoso sueño! ¡Una bella historia! ¡Y los sueños...

JUAN: ...serán realidad! En Rumania se compran los títulos nobiliarios. ¡Y usted será condesa! ¡Mi condesa!

LA SEÑORITA: ¡¿Qué me importa a mí todo eso, que no es más que lo que yo abandono ahora voluntariamente?! Dime que me quieres, porque sin tu amor... ¿qué soy yo sin tu amor?

JUAN: Se lo diré mil veces ¡más adelante! ¡Pero no aquí! ¡Y sobre todo dejémonos de sentimentalismos si no queremos echar todo a perder! Vamos a razonar fríamente, como personas sensatas. (Saca un puro, le corta la punta y lo enciende.) ¡Ahora siéntese ahí! Yo me siento aquí, y vamos a hablar como si no hubiese pasado nada.

LA SEÑORITA: (desesperada).-¡Oh, Dios mío! ¿Es que no tienes corazón?

JUAN: ¿Yo? No hay hombre más sensible que yo en el mundo, pero sé dominar mis sentimientos.

LA SEÑORITA: ¡Hace un momento me besabas el zapato... y ahora!

JUAN (con dureza).-¡Sí, eso era entonces! ¡Ahora tenemos otras cosas en las que pensar!

LA SEÑORITA: ¡No me hables con tanta dureza!

JUAN: ¡No es dureza, sino sensatez! Hemos cometido una locura, ¡no hagamos otras! El señor conde está a punto de llegar y antes de que vuelva tenemos que decidir nuestro futuro. ¿Qué le parecen mis proyectos? ¿Le gustan?

LA SEÑORITA: Me parecen excelentes, pero necesito una aclaración: para una empresa tan importante se necesita un gran capital. ¿Lo tienes?

JUAN: (mordiéndose el puro).-¿Yo? ¡Pero claro, naturalmente! Yo tengo una amplia experiencia, conozco bien ese negocio, sé idiomas... ¡Es un capital que cuenta, creo yo!

LA SEÑORITA: Y con el que no puedes comprar ni los billetes del tren.

JUAN: Es muy cierto. ¡Por eso estoy buscando un socio que "amplíe" el capital!

LA SEÑORITA: ¿Y cómo va a encontrarlo con tanta prisa?

JUAN: Eso es asunto suyo..., si quiere asedarse conmigo...

LA SEÑORITA: Yo no puedo. Imposible. Y, además, yo no tengo dinero mío.

(Pausa.)

JUAN: Entonces el proyecto se viene abajo...

LA SEÑORITA: Y...

JUAN: Todo seguirá como hasta ahora.

LA SEÑORITA: ¿Crees que me voy a quedar bajo este techo y vivir en esta casa como amante tuya? ¿Crees que voy a consentir que la gente me señale con el dedo? ¿Crees que después de esto voy a poder mirar a mi padre a la cara? ¡No! ¡Sácame de aquí! ¡Líbrame de la vergüenza y de la humillación! Oh, Dios mío, ¿qué he hecho? ¡Dios mío! ¡Dios mío! (Se echa a llorar.)

JUAN: ¡Vaya, ya tenemos la misma canción! ¿Que qué ha hecho? Lo mismo que tantas otras antes que usted.

LA SEÑORITA: (grita como en un ataque de histeria).- ¡Y ahora me desprecias! ¡Me caigo! ¡Me siento caer, caer!

JUAN: ¡Caiga usted hasta donde estoy yo y la levantaré!

LA SEÑORITA: -¿Qué terrible fuerza me arrastra hacia tí? ¿La atracción que siente el débil por el fuerte? ¿El que cae hacia el que sube? ¿O era amor? Amor... ¿eso? ¿Sabes tú lo que es amor?

JUAN: ¿Yo? ¡Que si lo sé! No creará usted que ha sido la primera vez...

LA SEÑORITA: ¡Qué manera de hablar! ¡Y qué ideas se te ocurren!

JUAN: ¡Las que me han enseñado! ¡Y así soy yo! ¡No se ponga nerviosa, ni se haga la finolis, porque ahora ya somos de la misma calaña! ¡Tranquila, chiquilla, y ven aquí que te voy a invitar a una copita de algo excepcional! (Abre el cajón de la mesa y saca la botella de vino. Llena dos de los vasos ya usados que hay en la mesa.)

LA SEÑORITA: ¿De dónde ha sacado ese vino?

JUAN: ¡De la bodega!

LA SEÑORITA: ¡El borgoña de mi padre!

JUAN: Tampoco está mal para el yerno.

LA SEÑORITA: ¡Y yo aquí bebiendo cerveza! ¡Yo!

JUAN: Eso demuestra simplemente que tiene peor gusto que yo.

LA SEÑORITA: ¡Ladrón!

JUAN: ¿Piensa delatarme?

LA SEÑORITA: ¡Oh, Dios mío! ¡Cómplice de un ladronzuelo! ¿Estaba borracha? ¿He andado como una sonámbula esta noche? ¡Noche de San Juan! Fiesta de juegos inocentes...

JUAN: ¿Inocentes, eh?

LA SEÑORITA: (yendo y viniendo por te habitación).-¿Habrá en todo el mundo algún ser más degradado que yo en este mismo instante?

JUAN: ¿Desgraciada? ¿Por qué? ¡Después de una conquista así! ¡Piense en Cristina! ¿No cree que ella también tiene corazón?

LA SEÑORITA: ¡Eso es lo que pensaba hace un instante, pero ya no lo creo! ¡No! Un criado será siempre un criado...

JUAN: ¡Y una puta será siempre una puta!

LA SEÑORITA: (de rodillas, con las manos juntas).-¡Oh, Dios mío! ¡Pon fin a mi vida miserable! ¡Sácame de este fango en el que me estoy hundiendo! ¡Sálvame! ¡Sálvame!

JUAN: ¡No puedo negar que me das pena! Cuando aquel día, tumbado entre los cardos, te vi en la rosaleda, entonces..., ahora ya lo puedo decir..., ¡tuve los mismos pensamientos sucios que los demás chicos!

LA SEÑORITA: ¡Y tu eras el que quería morir por mí!

JUAN: ¿En el arcón de avena? No era más que palabrería...

LA SEÑORITA: Es decir..., ¡mentira!

JUAN (comienza a sentirse somnoliento).-¡Casi! Yo había leído en un periódico la historia de un deshollinador que se había metido en una leñera llena de lilas, porque lo habían procesado por un asunto de reconocimiento de paternidad de un hijo natural...

LA SEÑORITA: Así es que eres un...

JUAN.-No se me ocurrió otra cosa... y algo tenía que contar, porque a las mujeres siempre se las conquista con palabrería.

LA SEÑORITA: ¡Canalla!

JUAN: Merde!

LA SEÑORITA: Y ahora ya le has visto el lomo al halcón...

JUAN: Precisamente el lomo, no...

LA SEÑORITA: Y yo iba a ser la primera rama...

JUAN: Pero la rama estaba podrida...

LA SEÑORITA: Yo iba a ser el letrero...

JUAN: Y yo el hotel...

LA SEÑORITA: Sentada en la recepción, embaucando a los clientes.

JUAN: Eso era cosa mía...

LA SEÑORITA: ¡Cómo puede albergar un alma humana tal suciedad!

JUAN: ¡Pues lávela!

LA SEÑORITA: ¡Lacayo! ¡Criado! ¡De pie cuando yo hablo!

JUAN: ¡Putas de lacayos! ¡Furcia de criados! ¡Cierra el pico y lárgate! Pero ¿quién eres tú para echarme en cara mi conducta? ¡Jamás se ha comportado nadie de mi clase con la ordinariéz que tú lo has hecho esta noche! ¿Tú crees que alguna de tus criadas provoca a los hombres como tú? ¿Has visto a alguna chica de mi clase ofrecerse con semejante desvergüenza? Así no se entregan más que las perras y las prostitutas.

LA SEÑORITA: (aplastada).-¡Es cierto! ¡Pégame! ¡Pisotéame! No merezco otra cosa. ¡Soy una miserable, sí, pero ayúdame! ¡Ayúdame a salir de todo esto... si hay alguna posibilidad!

JUAN (más suave).-Yo no quiero desacreditarme renunciando al honor que me corresponde por haberla seducido, pero ¿cree usted que un hombre de mi posición se hubiese atrevido siquiera a mirarla si usted no lo hubiese animado? Todavía estoy asombrado...

LA SEÑORITA: Y orgulloso...

JUAN: ¿Por qué no? Aunque debo reconocer que la victoria fue demasiado fácil como para que se me suba a la cabeza.

LA SEÑORITA: ¡Sigue! ¡Aún puedes herirme más!

JUAN (levantándose).-¡No! ¡Perdóneme lo que le he dicho! No suelo pegar a un indefenso y menos si es una mujer. Yo no puedo negar que, por otra parte, me alegro de haber visto que lo que nos deslumbra a los de abajo no es más que oropel, de haber visto que el lomo del halcón también es gris, que era su maquillaje lo que daba suavidad a su mejilla, y que las cuidadas uñas podían tener los bordes negros, que el pañuelo estaba sucio, aunque olía a perfume... Pero, por otra parte, me duele comprobar que lo que yo anhelaba no fuese algo mejor, más sólido, más respetable. Me duele también que haya caído tan bajo, verla por debajo de su cocinera. Me duele como el ver las flores a2otadas en otoño por la lluvia, ver cómo son destrozadas y convertidas en barro.

LA SEÑORITA: ¿Hablas como si ya fueses superior a mí?

JUAN: Y lo soy. Fíjese bien: yo aún podría hacerla condesa, pero usted nunca podrá hacerme conde.

LA SEÑORITA: ¡Pero yo soy hija de un conde y tú no lo serás jamás!

JUAN: Es cierto. Pero mis hijos lo serían, si...

LA SEÑORITA: Pero usted es un ladrón. Y yo no.

JUAN: ¡Ladrón! ¡Todavía hay cosas peores! ¡Cosas incalificables! Y además, cuando estoy sirviendo en una casa me considero como un miembro de la familia, como el hijo de la casa, ¡y a nadie se le ocurre hablar de robo cuando un niño coge una fresa de unas matas repletas! (Su pasión vuelve a despertar.) Señorita Julia, ¡usted es una mujer maravillosa, una mujer de demasiada valía para un hombre como yo! ¡Usted ha sido víctima de una ilusión, de un momento de embriaguez y ahora quiere borrar su error imaginándose que fue por amor! Y no fue por amor..., a no ser que la atraiga mi cuerpo, en cuyo caso su amor no vale más que el mío. Yo nunca me conformaría con ser un macho para usted y sé que jamás lograría despertar su amor.

LA SEÑORITA: ¿Está usted seguro de eso?

JUAN: ¿Quiere usted decir que no es imposible? ¡Yo podría quererla, sí, claro, sin duda alguna! usted es guapa, usted es distinguida... (Se acerca a ella y le coge la mano.) ...educada, encantadora cuando quiere, y la llama de la pasión que encienda en un hombre probablemente no se apagará nunca. (Le rodea el talle con su brazo.) Usted es como un vino calentado con especias fuertes... y un beso suyo... (Intenta acercársela, pero ella se suelta suavemente.)

LA SEÑORITA: ¡Déjeme! ¡Así no va a conquistarme!

JUAN: ¡Así no! Entonces, ¿cómo? Con caricias y bellas palabras, no. Arreglándole el futuro, tampoco. Salvándola de la humillación, tampoco. Entonces, ¿cómo?

LA SEÑORITA: ¿Cómo? ¿Cómo? ¡No sé! ¡De ninguna manera! Siento por usted la misma repugnancia que por las ratas, pero no puedo librarme..., ¡estoy como atada!

JUAN: ¡Marchémonos de aquí!

LA SEÑORITA: (enderezándose).-¿Marcharnos? ¡Sí, nos marcharemos de aquí! ¡Pero estoy tan cansada...! ¡Déme un vaso de vino!

(JUAN le sirve el vino.)

LA SEÑORITA: (mirando su reloj).-Pero antes tenemos que hablar. Todavía nos queda un poco de tiempo. (Se bebe el vaso de un trago. Le acerca el vaso, como pidiéndole más.)

JUAN: ¡No beba tan de prisa, se le va a subir a la cabeza!

LA SEÑORITA: ¿Y qué más da?

JUAN: ¿Que qué más da? ¡Es muy vulgar emborracharse! ¿Qué iba a decirme? ahora?

LA SEÑORITA: ¡Nos marcharemos, sí! Pero antes tenemos que hablar! Bueno" anota hablaré yo, porque hasta ahora sólo ha hablado usted. Me ha contado su vida, bien, ahora yo voy a contarle la mía, así nos conoceremos a fondo antes de lanzarnos a nuestro viaje.

JUAN: ¡Un momento! ¡Perdone, pero piénselo bien, no sea que luego vaya a arrepentirse de haberme confiado sus secretos!

LA SEÑORITA: Pero ¿no es usted un amigo?

JUAN: ¡Sí, claro, a veces! Pero no sé fíe de mí.

LA SEÑORITA: Eso lo dice por decir... Y además, ¡mis secretos los conoce ya todo el mundo! Mire, mi madre no era de familia noble, sino de una familia muy humilde. Fue educada en las doctrinas de la igualdad, la emancipación de la mujer y esas cosas, características de aquellos tiempos, y tenía una extraordinaria aversión al matrimonio. Por eso cuando mi padre pidió su mano le contestó que nunca sería su esposa, pero que

él podría ser su amante. El le explicó que no tenía gana de ver que la mujer que amaba gozase de menor consideración social que él. La explicación de ella que la consideración social la traía sin cuidado y la intensidad de la pasión que él sentía por mi madre contribuyeron a que aceptase las condiciones impuestas.

Pero él quedó entonces excluido del círculo de sus amistades y se vio reducido a su vida doméstica, lo que obviamente le creaba una cierta insatisfacción. Yo nací -por lo que he podido deducir- contra la voluntad de mi madre. Y entonces ella decidió hacer de mí un ser primitivo, educarme como se educan los niños salvajes en la selva, al margen de la corruptora civilización. Además tenía que aprender todo lo que aprendían los chicos, porque yo iba a ser el ejemplo viviente de que la mujer puede hacer lo mismo que el hombre. Tenía que vestirme de chico, aprender a cuidar los caballos, pero tenía prohibido entrar en el gallinero. Tuve que limpiar y aparejar los caballos, ir de caza, e incluso asistir a la matanza..., ¡qué horrible! Y en la finca ponían a los hombres a hacer los trabajos de las mujeres y las mujeres los de los hombres..., con el resultado de que la hacienda comenzó a ir de capa caída y nos convertimos en el hazmerreír de la comarca. Por fin mi padre debió despertar de su encantamiento y se rebeló. Todo volvió a organizarse según sus deseos. Y mis padres, entonces, se casaron en secreto. Mi madre enfermó -no sé qué enfermedad tuvo-, pero a menudo tenía ataques de nervios, se escondía en el desván o en el jardín, y a veces se pasaba toda la noche fuera de casa. Fue por entonces cuando se produjo el gran incendio del que probablemente habrás oído hablar. Ardió la casa, el establo, la granja, el gallinero, todo. Las misteriosas circunstancias que lo rodearon llevaron a pensar que no había sido casual, ya que el accidente ocurrió al día siguiente de caducar el trimestre del seguro y la prima que había enviado mi padre se retrasó por negligencia del emisario y no había llegado a tiempo. (Se llena el vaso y bebe.)

JUAN: ¡No beba más!

LA SEÑORITA: ¡Oh, qué más da! Nos quedamos en la calle y tuvimos que dormir en carruajes. Mi padre no sabía dónde conseguir dinero para reconstruir la casa... Como había desatendido a sus viejos amigos, éstos le habían olvidado. Entonces mi madre le aconsejó que se lo pidiese a un amigo de la juventud, amigo de ella, un fabricante de ladrillos que vivía por allí cerca. ¡Mi padre obtuvo el préstamo, sin interés alguno, lo que no dejó de sorprenderle! ¡Y así reconstruyó la finca, la casa y sus dependencias! (Vuelve a beber.) ¿Sabe quién había provocado el incendio?

JUAN: ¡Su señora madre!

LA SEÑORITA: ¿Sabe quién era el fabricante de ladrillos?

JUAN: ¿El amante de su madre?

LA SEÑORITA: ¿Sabe de quién era el dinero?

JUAN: Un momento, no diga nada..., ¡no, no lo sé!

LA SEÑORITA: ¡Era de mi madre!

JUAN: Es decir, del conde... si no tenían capitulaciones matrimoniales.

LA SEÑORITA: ¡No las tenían! Mi madre tenía un poco de dinero que no quería que administrase su marido. Por eso se lo confió... al amigo.

JUAN: ¡Y éste se lo quedó!

LA SEÑORITA: ¡Exacto! Se quedó con todo. Esto llegó a oídos de mi padre, pero él se encontró con que no podía iniciar un proceso, ni pagar al amante de su mujer, ni demostrar que el dinero era de su esposa. Mi padre, entonces, estuvo a punto de pegarse un tiro!... ¡Corrió la voz de que lo había intentado sin demasiado éxito! ¡Pero él se recupera, renace a la vida y a mi madre le toca expiar su mala conducta! Fueron cinco años terribles para mí, puede creerme. Yo quería a mi padre, pero me puse de parte de mi madre porque entonces no sabía la verdad. Ella me había enseñado a odiar a los

hombres... porque, como habrá podido deducir, ella los odiaba con toda su alma... y yo le juré que nunca sería la esclava de ninguno.

JUAN: Sin embargo, se prometió con el fiscal.

LA SEÑORITA: Precisamente por eso, para hacer de él mi esclavo.

JUAN: ¿Y él... no quiso?

LA SEÑORITA: El quería, sí, pero no le di ninguna oportunidad... ¡En seguida me cansé de él!

JUAN: Ya lo vi..., la cuadra, ¿verdad?

LA SEÑORITA: ¿Qué es lo que vio?

JUAN: ¿Que qué vi? ¡Vi cómo él rompió el noviazgo!

LA SEÑORITA: ¡Eso es mentira! ¡Fui yo quien lo rompió! Pero ¿es que ha dicho ese canalla que fue él?

JUAN: No era un canalla, eso desde luego. Usted, señorita, odia a los hombres, ¿verdad?

LA SEÑORITA: ¡Sí! Por lo general, sí. Aunque a veces..., en los momentos de debilidad, cuando la naturaleza se despierta y me domina..., ¡qué asco!... ¡Y que ese fuego no se apague nunca!

JUAN: ¿También me odia a mí?

LA SEÑORITA: ¡Infinitamente! ¡Más que a ninguno! Me gustaría ordenar que le matasen como a un animal...

JUAN: ¡Al culpable, dos años de trabajos forzados y al animal se le mata! Es la pena por bestialidad, ¿no? ¿Es eso lo que quiere decir?

LA SEÑORITA: ¡Precisamente eso!

JUAN: ¡Pero yo aquí no veo a ningún juez... ni tampoco un animal! Entonces..., ¿qué podemos hacer?

LA SEÑORITA: ¡Marcharnos!

JUAN: ¿Para atormentarnos mutuamente el resto de nuestros días?

LA SEÑORITA: ¡No, no! ¡Para gozar! Dos días, ocho días, una semana..., todo el tiempo que dure nuestro placer..., y luego... morir...

JUAN: ¿Morir? ¡Qué tontería! ¡Yo creo que es preferible poner un hotel!

LA SEÑORITA: (sin escuchar a JUAN).-...morir junto al lago de Como, allí donde siempre brilla el sol, donde los laureles verdean en Navidad y las naranjas parecen globos de fuego...

JUAN: Yo sé que usted no puede demostrar lo contrario, ya que nosotros no tenemos un árbol genealógico..., ¡excepto el de los archivos de la policía! ¡Pero yo he leído el árbol genealógico de su familia en el libro Nobiliario! ¿Sabe usted quién fue su madre? ¿Sabe usted quién fue el fundador de esta casa? ¿Sabe cómo consiguió ese título? Pues fue un molinero que dejó al rey acostarse con su mujer una noche durante la guerra con los daneses. Yo no tengo antepasados de esa calaña. ¡No tengo ese abolengo! ¡En realidad yo no tengo abolengo alguno, pero puedo llegar a ser el origen de un linaje noble!

LA SEÑORITA: Esto me pasa por haberle abierto mi corazón a un villano, por haber puesto en sus manos la honra de mi familia...

JUAN: ¡Más bien la deshonra! ¡La deshonra! ¿Ve? ¡Ya se lo advertí! ¡No se debe beber, porque el vino desata la lengua! ¡Y vale más no hablar!

LA SEÑORITA: ¡Oh, cómo me arrepiento! ¡Cómo me arrepiento! Si al menos usted me quisiese...

JUAN: Pero dígame ya de una vez... ¿qué quiere que haga? ¿Que me eche a llorar, que salte sobre la fusta, que la bese, que la lleve embaucada al lago de Como para pasar las tres semanas y luego...? ¿Qué quiere usted? ¡Esto se está haciendo insoportable! ¡Pero siempre pasa lo mismo cuando uno mete la nariz en cosas de mujeres! ¡Señorita Julia!

¡Yo veo que usted se siente muy desgraciada, sé muy bien que usted sufre, pero no logro entenderla! Nosotros no hacemos tanta historia; entre nosotros, los de mi clase, no existe ese odio. Para nosotros el amor es como un juego y cuando el trabajo nos lo permite, pues nos amamos. Pero nosotros no podemos permitirnos el lujo de dedicarnos a eso todo el día y toda la noche como ustedes. Me parece que usted está enferma. Y su madre estaba completamente loca. Ahora hay parroquias, pueblos enteros, que están alterados por el pietismo. ¡Y esto es una especie de pietismo que está haciendo estragos!

LA SEÑORITA: Tiene que Ser amable conmigo. Hábleme como a un ser humano.

JUAN: ¡El lago de Como es un hoyo lluvioso, donde el sol brilla por su ausencia, y donde yo no vi naranjas más que en las fruterías! Pero es un sitio excelente para los turistas, porque allí hay muchos chaletitos que se alquilan a las parejas de enamorados..., un negocio muy lucrativo..., ¿y sabe usted por qué?... ¡Porque los contratos de alquiler se firman por medio año... y las parejas se van a las tres semanas!

LA SEÑORITA: (con ingenuidad).-¿Por qué a las tres semanas?

JUAN: ¡Porque ya se han peleado, naturalmente! ¡Pero, claro, no les devuelven el dinero pagado del alquiler! Y los chaletitos se vuelven a alquilar. ¡Y así uno tras otro, indefinidamente, porque en el mundo hay amor de sobra..., aunque sea una cosa tan efímera!

LA SEÑORITA: ¿No quiere, pues, morir conmigo?

JUAN: ¡Ni con usted, ni con nadie! Y por dos razones: porque me gusta vivir y porque considero el suicidio como un crimen contra la Providencia que nos dio la vida.

LA SEÑORITA: ¿Usted cree en Dios? ¿Usted?

JUAN: ¡Pues claro que creo! ¿Y voy a la iglesia los domingos! ¡Bueno, mire, francamente, ya estoy cansado de todo esto y me voy a la cama!

LA SEÑORITA: ¿Ah, sí? ¿Y usted cree que van a quedar las cosas así? ¿Sabe usted lo que le debe un hombre a la mujer que ha deshonrado?

JUAN (saca el monedero y tira una moneda de plata sobre la mesa).-¡Tome! ¡No me gusta tener deudas!

LA SEÑORITA: (haciendo como que no se ha dado cuenta del insulto).-¿Sabe lo que dice la ley...?

JUAN: ¡Desgraciadamente la ley no castiga a la mujer que seduce a un hombre!

LA SEÑORITA: (como antes).-¿Ve usted alguna otra salida que no sea la de marcharnos de aquí, casarnos y divorciarnos?

JUAN: ¿Y si yo no me presto a un chanchullo tan deshonroso?

LA SEÑORITA: ¿Chanchullo deshonroso?

JUAN: ¡Sí, para mí lo es! Mire, mi linaje es más noble que el suyo porque en mi familia no hay incendiarios.

LA SEÑORITA: ¿Cómo lo sabe?

JUAN: Yo sé que usted no puede demostrar lo contrario, ya que nosotros no tenemos un árbol genealógico..., ¡excepto el de los archivos de la policía! ¡Pero yo he leído el árbol genealógico de su familia en el libro Nobiliario! ¿Sabe usted quién fue su madre? ¿Sabe usted quién fue el fundador de esta casa? ¿Sabe cómo consiguió ese título? Pues fue un molinero que dejó al rey acostarse con su mujer una noche durante la guerra con los daneses. Yo no tengo antepasados de esa calaña. ¡No tengo ese abolengo! ¡En realidad yo no tengo abolengo alguno, pero puedo llegar a ser el origen de un linaje noble!

LA SEÑORITA: Esto me pasa por haberle abierto mi corazón a un villano, por haber puesto en sus manos la honra de mi familia...

JUAN: ¡Más bien la deshonra! ¡La deshonra! ¿Ve? ¡Ya se lo advertí! ¡No se debe beber, porque el vino desata la lengua! ¡Y vale más no hablar!

LA SEÑORITA: ¡Oh, cómo me arrepiento! ¡Cómo me arrepiento! Si al menos usted me quisiese...

JUAN: Pero dígame ya de una vez... ¿qué quiere que haga? ¿Que me eche a llorar, que salte sobre la fusta, que la bese, que la lleve embaucada al lago de Como para pasar las tres semanas y luego...? ¿Qué quiere usted? ¡Esto se está haciendo insoportable! ¡Pero siempre pasa lo mismo cuando uno mete la nariz en cosas de mujeres! ¡Señorita Julia! ¡Yo veo que usted se siente muy desgraciada, sé muy bien que usted sufre, pero no logro entenderla! Nosotros no hacemos tanta historia; entre nosotros, los de mi clase, no existe ese odio. Para nosotros el amor es como un juego y cuando el trabajo nos lo permite, pues nos amamos. Pero nosotros no podemos permitirnos el lujo de dedicarnos a eso todo el día y toda la noche como ustedes. Me parece que usted está enferma. Y su madre estaba completamente loca. Ahora hay parroquias, pueblos enteros, que están alterados por el pietismo. ¡Y esto es una especie de pietismo que está haciendo estragos!

LA SEÑORITA: Tiene que ser amable conmigo. Hábleme como a un ser humano.

JUAN: ¡Sí, pero haga usted lo mismo! ¡Compórtese como un ser humano! ¡Me escupe y no me permite que me limpie en usted!

LA SEÑORITA: ¡Ayúdeme! ¡Ayúdeme! Dígame lo que debo hacer..., nada más..., adonde tengo que irme...

JUAN: Dios mío, pero si yo mismo no lo sé... Si lo supiera...

LA SEÑORITA: He estado trastornada, me he portado como una loca, sí, pero ¿es que no va a haber salvación posible?

JUAN: ¡Quédese aquí tranquila! ¡Nadie sabe nada!

LA SEÑORITA: ¡Imposible! La gente lo sabe. Y Cristina también.

JUAN: No lo saben. Y además, ¡jamás se les ocurriría pensar una cosa semejante!

LA SEÑORITA: (dudando).-Pero... ¡podría volver a pasar!

JUAN: ¡Eso es verdad!

LA SEÑORITA: ¿Y las consecuencias?

JUAN (horrorizado).-¡Las consecuencias! ¡Pero dónde tendría la cabeza para no haber pensado en eso! Entonces... no hay otra salida..., ¡márchese! ¡Y pronto! ¡Yo me quedo aquí, si no se descubriría todo y estaríamos perdidos! ¡Tiene que irse sola..., lejos..., a cualquier sitio!

LA SEÑORITA: ¿Sola? ¿Adonde? ¡Yo no podría!

JUAN: ¡Tiene que hacerlo! ¡Y antes de que vuelva el señor conde! ¡Si se queda, ya sabemos lo que pasará! Cuando se ha pecado una vez, se suele seguir, porque como el mal ya está hecho... ¡Uno se va volviendo más y más atrevido... hasta que un día se descubre el pastel! ¡Váyase, pues! ¡Escríbale después al conde confesándole todo, excepto que fui yo! ¡Nunca podrá imaginárselo! ¡Y además creo que tampoco tendría mucho interés en averiguarlo!

LA SEÑORITA: ¡Me iré si viene conmigo!

JUAN: Pero, mujer, ¿está usted loca? ¡La señorita Julia se fuga con su criado! ¡Pasado mañana ya estaría en todos los periódicos y eso sería la muerte del conde!

LA SEÑORITA: ¡No puedo marcharme! ¡No puedo quedarme! ¡Ayúdeme! ¡Estoy tan cansada, tan infinitamente cansada! ¡Dame una orden! ¡Mándame hacer algo! ¡Porque yo ya no puedo pensar ni hacer nada...!

JUAN: ¡Pobre diablo! ¿Ve usted de qué les sirve el darse tanto postín y llevar la cabeza tan alta como si fuesen los señores de la creación? ¡Mírese usted ahora! Bien: ¡le daré órdenes! Suba a su cuarto y cámbiese de ropa. Coja dinero para el viaje y baje.

LA SEÑORITA: (a media voz).-¡Sube conmigo!

JUAN: ¿A su cuarto? ¿Le ha vuelto la locura? (Duda un instante.) ¡No! ¡Suba sola, ahora mismo! (La coge de la mano y la conduce hasta la puerta.)

LA SEÑORITA: (mientras van andando).-Juan, ¡háblame con dulzura!

JUAN: ¡Las órdenes siempre suenan así..., duras, hostiles! ¡Ya es hora de que lo note! (JUAN, solo, lanza un suspiro de alivio. Se sienta junto a la mesa, saca un cuadernito y un lápiz, y se pone a hacer cuentas, en voz alta, de vez en cuando. Pantomima muda, hasta que entra CRISTINA, ya vestida para ir a la iglesia, con una pechera y una corbata blanca en la mano.)

CRISTINA: -Pero ¿qué es esto? ¡Dios mío, qué desorden! ¿Qué ha pasado aquí?

JUAN: Ah, nada, la señorita ha invitado a la gente. Pero ¿tú no has oído nada?... ¿Tan profundamente dormías?

CRISTINA: ¡Como un tronco!

JUAN: Y ya lista para ir a la iglesia...

CRISTINA: ¡Sí, ya ves! ¡Me prometiste venir conmigo a comulgar hoy!

JUAN: ¡Sí, eso es muy cierto! ¡Y ahí veo mis ropas! ¡Anda, ven aquí, pues! (Se sienta.) (CRISTINA comienza a ponerle la pechera y la corbata blanca. Pausa.)

JUAN (somnoliento).-¿Qué evangelio toca hoy?

CRISTINA: ¡Será el de la degollación de San Juan Bautista, supongo!

JUAN: ¡Pues eso va a ser interminable! ¡Ay, me vas a ahogar! ¡Oh, qué sueño tengo, qué sueño!

CRISTINA: Sí, ¿y qué ha estado haciendo el señor despierto toda la noche? ¡Tienes una cara!

JUAN: ¡He estado aquí, hablando con la señorita Julia!

CRISTINA: ¡Esa cría no sabe comportarse todavía!

(Pausa.)

JUAN: Oye, Cristina...

CRISTINA: Dime.

JUAN: Si uno se para a pensar, es todo bien raro... ¡Ella!

CRISTINA: ¿Qué es lo que te parece tan raro?

JUAN: ¡Todo!

(Pausa.)

CRISTINA (mira los vasos que hay en la mesa a medio beber).-¿También habéis bebido juntos?

JUAN: ¡Sí!

CRISTINA: ¡Vergüenza debía darte! ¡Mírame a los ojos!

JUAN: ¡Sí!

CRISTINA: Pero... ¿es posible? ¿Es posible?

JUAN (después de una breve reflexión).-¡Sí! Lo es.

CRISTINA: ¡Pufff! ¡Jamás hubiese podido creerlo! ¡Jamás! ¡Qué vergüenza! ¡Qué asco!

JUAN: ¿No me irás a decir que estás celosa?

CRISTINA: ¡No, de ella no! ¡Si hubiese sido Clara o Sofía te hubiese sacado los ojos! ¡Sí, así es, y no sé por qué!... ¡Es horrible!

JUAN: Entonces... ¿estás enfadada con ella?

CRISTINA: ¡Con ella no, contigo! ¡Ha estado mal hecho, muy mal hecho! ¡Ha sido una canallada! ¡Pobre chica! Y ¿sabes lo que te digo? ¡Que ya no quiero seguir en esta casa, una casa en la que los señores no inspiran el menor respeto!

JUAN: ¿Y por qué tenemos que respetarlos?

CRISTINA: ¿Y me lo preguntas tú que eres tan listo? Pues supongo que no te gustará servir a unos señores que llevan una vida inmoral, ¿eh? A mí me parece que haciéndolo uno quedaría deshonorado...

JUAN: ¡Sí, pero para nosotros es un consuelo el saber que "ellos" no son ni una pizquita mejor que nosotros!

CRISTINA: No, no estoy de acuerdo, porque si no son mejores, ¿qué sentido tienen nuestros esfuerzos por llegar a ser gente bien? ¡Y piensa en el señor conde! ¡Piensa en él, que ha sufrido tanto en su vida! ¡Dios mío! ¡No, yo no quiero seguir en esta casa! ¡Y además con un tipo como tú! Si al menos hubiese sido con el fiscal..., si hubiese sido con un hombre como Dios manda... de su clase...

JUAN: ¿Y eso a qué viene? ¿Qué tengo yo de malo?

CRISTINA: Nada, tú estás bastante bien para lo que eres, pero recuerda que todavía hay diferencias entre unas gentes y otras. ¡No, yo nunca podré olvidar esto de la señorita! ¡Jamás hubiese podido imaginarme que la señorita, tan orgullosa, tan dura con los hombres, se fuese a entregar así... y a un tipo como tú! ¡Ella, que estuvo a punto de mandar matar a su perra por haberse ido con el chuchito del guarda! ¡En fin, vivir para ver! Pero yo no seguiré aquí, así es que el día veinticuatro de octubre me marcharé.

JUAN: ¿Y después?

CRISTINA: Hombre, ya que estamos en esto te diré que va siendo hora de que busques un trabajo para cuando nos casemos.

JUAN: ¿Y qué quieres que busque? De casado ya no podré trabajar en un sitio como éste.

CRISTINA: ¡No, claro, ya lo sé! Pero siempre podrías trabajar de portero o tratar de entrar de conserje en algún organismo estatal. Ya sabemos que el Estado paga mal, pero es un empleo seguro y además la viuda y los hijos cobran una pensión...

JUAN: ¡Brillante porvenir! (Con una mueca.) ¡No niego que es una idea excelente, pero a mí no me seduce lo de ponerme ya a pensar en morirme para que mi viuda y mis hijos cobren una pequeña pensión! Tengo que reconocer que, realmente, mis aspiraciones son un poco más altas.

CRISTINA: Tus aspiraciones, claro, ¿y tus deberes? ¡Piensa un poco en eso!

JUAN: Siempre tienes que fastidiarme hablando de mis deberes. ¡Sé muy bien lo que debo hacer! (Se para a escuchar algún ruido exterior.) Bueno, de todas maneras, ya tendremos tiempo de pensar en eso. Ahora, anda y termina de arreglarte y nos vamos a la iglesia.

CRISTINA: ¿Quién andará por allí arriba?

JUAN: No sé. Como no sea Clara...

CRISTINA (saliendo).-¿No crees que pueda ser el señor conde que haya llegado sin que lo hayamos oído?

JUAN (asustado).-¿El conde? No, imposible. El hubiese llamado.

CRISTINA (saliendo).-¡Dios nos ampare! Jamás he visto nada semejante.

(El sol ya ha salido e ilumina las copas de los árboles del parque, poco a poco la luz se va desplazando hasta que los rayos entran oblicuamente por las ventanas.)

(JUAN va a la puerta y hace una seña.)

LA SEÑORITA: (entra vestida de viaje llevando una jaula cubierta con un paño en la mano. Deja la jaula en una silla).-Ya estoy lista.

JUAN: ¡Chsss! ¡Cristina está despierta!

LA SEÑORITA: (muy nerviosa durante la escena).-¿Sospecha algo?

JUAN: ¡No sabe absolutamente nada! Pero... ¡Dios mío, qué pinta tiene!

LA SEÑORITA: ¿Qué dice? ¿Pinta...?

JUAN: Está pálida como un cadáver y..., perdóneme..., pero tiene la cara sucia.

LA SEÑORITA: ¡Bueno, pues me lavaré! (Va hacia el aguamanil y se lava las manos y la cara.) ¡Deme una toalla! ¡Oh, ya está saliendo el sol!

JUAN: Sí. El encantamiento se rompe. ¡Y los duendes se retiran a descansar!

LA SEÑORITA: ¡Sí, los duendes que han andado haciendo de las suyas esta noche! ¡El encantamiento de la noche de San Juan! Pero, Juan, ¡escúchame! ¡Ven conmigo! ¡Ahora ya tengo dinero!

JUAN (dudando).-¿Suficiente?

LA SEÑORITA: ¡Suficiente para empezar! ¡Ven conmigo! Hoy no podría viajar sola. Imagínate, el día de San Juan, un calor sofocante, un tren abarrotado, yo apretujada entre gentes desconocidas que me miran con la boca abierta. ¡Y las estaciones..., paradas interminables cuando una querría volar! ¡No, no puedo! ¡No puedo! ¡Y luego los recuerdos..., van surgiendo los recuerdos de infancia de otros días de San Juan..., la iglesia engalanada con ramas de abedul y de lilo..., la mesa preparada para la comida, los parientes, los amigos..., la tarde en el parque con el baile, la música, flores y juegos! ¡Uno huye, sí, pero los recuerdos nos siguen en el furgón de equipajes... y también el arrepentimiento y los remordimientos!

JUAN: Yo me iré con usted..., pero ahora mismo, antes de que sea demasiado tarde. ¡Inmediatamente!

LA SEÑORITA: ¡Arréglate pues! (Coge la jaula del pájaro.)

JUAN: ¡Pero sin equipaje! Eso nos delataría.

LA SEÑORITA: No, nada. ¡Sólo lo que podamos llevar con nosotros en el departamento del tren!

JUAN (ha cogido su sombrero).-Pero ¿qué lleva usted ahí? ¿Qué es eso?

LA SEÑORITA: Nada. Es mi lugano. ¡No lo abandonaré!

JUAN: Hombre, ¡esto sí que está bien! ¡Así es que vamos a andar por ahí con esta jaula! ¿Está usted loca? ¡Deje esa jaula! No pensará andar por el mundo con ella...

LA SEÑORITA: Es lo único que me llevo de mi casa. Después de que Diana me fue infiel, ¡es el único ser vivo que me quiere! ¡No seas cruel! Déjame que me lo lleve.

JUAN: ¡Le digo que deje esa jaula! ¡Y no grite! ¡Cristina podría oírnos!

LA SEÑORITA: ¡No, no quiero dejarlo en manos extrañas! ¡Entonces es mejor que lo mates!

JUAN: ¡Trae ese bicho, que le voy a retorcer el pescuezo!

LA SEÑORITA: ¡Toma..., pero no le hagas daño! ¡No..., no, no puedo!

JUAN: ¡Trae ya! ¡Yo sí puedo!

LA SEÑORITA: (saca al pájaro de la jaula y le da un beso). Oh, mi Serine querida, ¿por qué tienes que morir y dejar a tu dueña sola?

JUAN: ¡Por favor, evitemos las escenas! ¡Ahora se trata de su vida y su porvenir!

¡Traiga ya! (Le quita el pájaro de la mano, lo lleva al tajo de la carne y coge el astral.)

(LA SEÑORITA se vuelve de espaldas.)

JUAN: ¡Si hubiese aprendido a matar pollos en lugar de a tirar con el revólver (da un tajo) no se desmayaría por una gotita de sangre!

LA SEÑORITA: (gritando).-¡Mátame! ¡Mátame a mí también! ¡Tú que puedes matar a un ser inocente sin que te tiemble la mano! ¡Oh, cómo te odio! ¡Te detesto! ¡Ahora hay sangre entre nosotros! ¡Maldita sea la hora en que te vi! ¡Maldita sea la hora en que me concibieron en el vientre de mi madre!

JUAN: ¡Ya puede usted maldecir que de nada le va a servir! ¡Vámonos!

LA SEÑORITA: (acercándose al tajo, como arrastrada hacia allí contra su voluntad).- No, yo no quiero marcharme todavía... No puedo..., tengo que verlo... ¡Chsss..., calla! Parece que oigo un coche ahí fuera... (Escucha el sonido exterior, mientras mira fijamente el tajo y el astral.) ¿Crees que no soporto la vista de la sangre? ¿Tan débil me crees? Oh... Cómo me gustaría ver tu sangre, ver tus sesos ahí sobre el tajo... Cómo me gustaría ver ahí tu sexo flotando en un lago de sangre como éste... ¡Creo que podría utilizar tu cráneo como vaso..., me gustaría hundir mis pies en tu pecho... y podría

comerme tu corazón asado! Me crees débil. Tú crees que te quiero porque mi vientre ansiaba tu semilla. ¡Pero es que crees que estoy dispuesta a llevar bajo mi corazón un hijo de tu calaña, nutrirlo con mi sangre..., parirte un hijo y llevar tu apellido! Oye tú, ¿cómo te llamas? ¡Jamás he oído tu apellido, probablemente ni lo tienes! Me convertiría en la señora "Guardosa", o la señora "Mayordomo"... Oye tú, perro, tú que llevas mi collar al cuello, oye bien, lacayo, tú que llevas mi blasón en los botones... ¿Yo, ser la rival de mi criada? ¡Oh, oh! ¡Oh! ¡Me crees cobarde..., piensas que quiero huir! Pues no. ¡Me quedo... y que estalle la tormenta! ¡Mi padre llega a casa..., encuentra el armario abierto... y el dinero ha volado! ¡Entonces él llama al criado..., dos toques de esa campanilla..., y manda venir a la policía... y yo cuento todo! ¡Todo! ¡Oh, qué maravilla poner punto final a esto..., el que sea pero un final! ¡Y luego a mi padre le da un ataque y muere!... ¡Será el fin de todos nosotros..., y sólo quedará paz..., la paz..., el descanso eterno!... ¡Y harán añicos el blasón contra el ataúd..., la estirpe del conde se extinguirá... y el retoño del criado se cría en un hospicio..., se cubre de gloria en los bajos fondos y acaba en la cárcel!

JUAN: ¡Bravo, señorita Julia! ¡Habló la sangre azul! ¡Bravo! Pero esconda bien al molinero en un saco. ¡Que no se vea!

(Entra CRISTINA vestida para ir a la iglesia y con un salterio en la mano.)

LA SEÑORITA: (corre hacia ella y se precipita en sus brazos, como si buscara protección).-¡Ayúdame, Cristina! ¡Líbrame de este hombre!

CRISTINA (impasible y fría).-Pero ¿qué escándalo están armando en una mañana de día de fiesta? (Ve el tajo de la carne.) Y cómo han puesto esto..., ¡qué marranada! ¿Qué significa todo esto? ¿A qué vienen todos estos gritos y alborotos?

LA SEÑORITA: Cristina, ¡escúchame! ¡Tú eres una mujer y eres también mi amiga! ¡Cúidate de este canalla!

JUAN (desconcertado).-Mientras las señoras hablan de sus cosas, ¡yo me voy a afeitarme! (Sale deslizándose suavemente por la derecha.)

LA SEÑORITA: ¡Tienes que comprenderme, Cristina! ¡Y tienes que escucharme!

CRISTINA: ¡No, yo realmente no entiendo nada de estas zorrerías! Y usted qué hace vestida de viaje... y él con el sombrero puesto... ¿Qué pasa..., pero qué pasa?

LA SEÑORITA: ¡Escúchame, Cristina! Escúchame, que yo te voy a contar todo...

CRISTINA: ¡No, no quiero saber nada!

LA SEÑORITA: Tienes que escucharme...

CRISTINA: ¿Qué es lo que tengo que escuchar? ¿Sus tonterías con Juan? A mí eso me tiene completamente sin cuidado, porque yo en esas cosas no me mezclo.

Pero si lo que pretende es engatusarlo para que se largue con usted, ¡entonces yo sabré poner fin a este juego!

LA SEÑORITA: (muy nerviosa).-¡Trata de no perder la calma, Cristina, y escúchame! Yo no puedo quedarme aquí y Juan tampoco puede quedarse aquí..., tenemos, pues, que marcharnos...

CRISTINA: ¡Hummm, hummm!

LA SEÑORITA: (se le ilumina la cara).-Pero mira..., ¡se me ocurre una idea! Por qué no nos vamos los tres... al extranjero..., a Suiza..., y ponemos juntos un hotel... Yo tengo dinero, ¿sabes?... Juan y yo nos ocuparíamos de todo... y tú, pensaba, podrías ocuparte de la cocina... ¿No sería maravilloso?... ¡Di que sí! Ven con nosotros. ¡Así todo quedará solucionado!... ¡Venga, dime que sí! (Abraza a CRISTINA, dándole unas palmaditas en la espalda.)

CRISTINA (fría y pensativa).-¡Hummm, hummm!

LA SEÑORITA: (hablando con gran rapidez).-¡Tú nunca has salido al extranjero, Cristina..., ya es hora de que veas mundo! No te puedes figurar lo divertido que es viajar

en tren..., viendo nuevas caras sin cesar..., nuevos países... y llegaremos a Hamburgo y allí de paso iremos a ver el Jardín Zoológico..., a ti eso te gusta... También iremos al teatro y a la ópera... y cuando lleguemos a Munich, allí nos esperan, Cristina, los grandes museos..., allí hay cuadros de Rubens y Rafael, esos dos grandes pintores, ya sabes... Probablemente has oído hablar de Munich, donde vivió el rey Luis..., aquel rey que se volvió loco... Y allí veremos su palacio..., todavía tienen palacios amueblados exactamente igual que en los cuentos de hadas. Y desde allí no nos queda mucho para llegar a Suiza..., a los Alpes..., imagínate los Alpes cubiertos de nieve en pleno verano..., y allí crecen naranjos y laureles que están verdes todo el año...

(Se vislumbra a JUAN por la derecha, afilando su navaja de afeitar en una correa que sostiene con los dientes y la mano izquierda. Escucha divertido la narración y de vez en cuando asiente con un movimiento de cabeza.)

LA SEÑORITA: (habla con mayor rapidez todavía).-Y allí pondremos el hotel..., yo estaré en la caja, mientras Juan recibe a los clientes..., se ocupa de las compras... y de la correspondencia... Eso es vida, créeme... Se oye el silbido de los trenes, llegan los autobuses, suenan los timbres, llaman desde las habitaciones, en el restaurante... Y yo extiendo las facturas..., ¡cargando bien la mano, claro!... ¡No puedes figurarte lo tímidos que son los clientes a la hora de pagar la cuenta! ¡Y tú..., tú estarás en la cocina... de jefa! Y naturalmente no tendrás que andar atizando los fogones... Irás vestida con toda elegancia cuando te muevas entre los clientes..., y con tu tipo..., no, no te lo digo por adularte..., podrás cazar un buen día un marido..., uno de esos ricachones ingleses, ¿sabes?... es una gente fácil de... (comienza a hablar mas despacio) ...cazar... Y nos haremos ricos... y construiremos una villa en la ribera del lago de Como... De vez en cuando llueve allí un poco, sí..., pero (como adormilada) el sol también brillará alguna vez..., aunque lo veo todo un poco oscuro... y..., bueno..., de no ser así... siempre estamos a tiempo de regresar a Suecia y volver... (pausa) ...aquí... o a cualquier otro sitio...

CRISTINA: Oiga, señorita, ¿usted cree, en serio, lo que está diciendo?

LA SEÑORITA: (destrozada).-¿Que si yo misma lo creo?

CRISTINA: ¡Sí!

LA SEÑORITA: (cansada).-No lo sé. Yo ya no creo en nada. (Se deja caer en una silla, coloca la cabeza entre los brazos, que apoya en la mesa.) ¡En nada! ¡Absolutamente en nada!

CRISTINA (se vuelve hacia la derecha, donde está JUAN).- ¡Vaya, vaya! ¿Así es que pensabas largarte?

JUAN (perplejo, deja la navaja de afeitar en la mesa).- ¿Largarme? ¡Eso es mucho decir! Ya has oído las palabras de la señorita. Y aunque ella esté agotada por falta de sueño, ¡se trata de un proyecto perfectamente realizable!

CRISTINA: Oiga, caballero, ¿fue suya la idea de que yo trabajase de cocinera para esa tía...?

JUAN (enérgicamente).-¡Por favor, emplea un lenguaje más pulido cuando hables delante de tu señora! ¿Está claro?

CRISTINA: ¡Mi señora!

JUAN: ¡Sí! ¡Tu señora!

CRISTINA: ¡Pero escuchen a este hombre! ¡Lo que hay que oír!

JUAN: ¡Pues todavía vas a oír más, que buena falta te hace! Eso es lo que deberías hacer: ¡escuchar un poco más y hablar un poco menos! ¡La señorita Julia es tu señora y por la misma razón que la desprecias ahora tendrías que despreciarte a ti!

CRISTINA: Yo siempre he tenido tanto respeto por mí misma...

JUAN: ...¡que siempre has podido despreciar a los demás!

CRISTINA: ...que jamás he descendido por debajo de mi condición social. ¿A ver quién es el guapo que me dice que la cocinera del conde ha tenido algún lío con el mozo de cuadra o con el porquero? ¡A ver, que lo diga!

JUAN: ¡Tú has tenido la suerte de toparte con un caballero!

CRISTINA: Claro, un caballero que vende bajo mano la avena de la cuadra del conde...

JUAN: ¡Mira quién habla! ¡Tú que aceptas una comisión del tendero y que te dejas corromper por el dinero del carnicero!

CRISTINA: Pero ¿de qué estás hablando?

JUAN: ¡Y eres tú, precisamente tú, la que ya no puede sentir respeto por tu señora!

CRISTINA: Bueno, ¿vienes a la iglesia o no? ¡No te vendría mal un sermón después de tus hazañas nocturnas!

JUAN: No, hoy no voy a la iglesia. ¡Tendrás que ir sola a confesar tus pecados!

CRISTINA: Eso es lo que pienso hacer. Y volveré a casa limpia de pecado. ¡Quizá el perdón alcance para ti también! Nuestro Salvador sufrió y murió en la cruz por nuestros pecados, y si nos acercamos a él con fe y contrición, asumirá todas nuestras culpas.

JUAN: ¿Hasta las sisas de la tienda de comestibles?

LA SEÑORITA: Cristina, ¿tú crees eso?

CRISTINA: ¡A pie juntillas! ¡Es la fe que me enseñaron de niña, que he conservado durante toda la vida, señorita Julia! ¡Es mi fe viva, tan cierta como que estoy aquí, señorita Julia! ¡Y allí donde más abunda el pecado, más abunda la gracia!

LA SEÑORITA: ¡Ay, si yo tuviese tu fe! Ay, si yo...

CRISTINA: Sí, claro, pero esa fe sólo se tiene por una gracia especial y Dios no se la concede a todos los mortales...

LA SEÑORITA: ¿A quién se la concede, pues?

CRISTINA: Ahí está, señorita, el gran misterio de la gracia, y Dios no toma en consideración la categoría de las personas, sino que los últimos serán los primeros...

LA SEÑORITA: Pero entonces El favorece a los últimos...

CRISTINA (continúa).-...y es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos! ¡Así es, señorita Julia! Y ahora me voy... sola, pero al salir le diré al mozo de cuadra que no deje a nadie llevarse un caballo antes de que venga el señor conde..., ¡eso por si a alguien le apeteciese viajar! ¡Adiós! (Sale.)

JUAN: ¡Es un verdadero demonio! ¡Y todo este lío por un lugano!

LA SEÑORITA: (apática).-¡Deje en paz al pajarito! ¿Ve usted alguna salida? ¿Ve el final de esto?

JUAN (reflexiona).-¡No!

LA SEÑORITA: ¿Qué haría usted en mi lugar?

JUAN: ¿En su lugar? Un momento..., déjeme pensar... Si yo fuese una mujer de familia noble y... deshonrada..., pues no sé..., ¡sí!..., ¡ya lo sé!

LA SEÑORITA: (coge la navaja de afeitar y hace un gesto).-¿Esto?

JUAN: ¡Sí! Pero fíjese bien..., ¡yo no lo haría! ¡Porque hay una diferencia entre nosotros!

LA SEÑORITA: ¿Porque usted es hombre y yo mujer? ¿Qué diferencia es ésa?

JUAN: ¡La misma diferencia... que... entre hombre y mujer!

LA SEÑORITA: (con la navaja en la mano).-¡Querría hacerlo..., pero no puedo! ¡Tampoco pudo mi padre, la vez que debió hacerlo!

JUAN: ¡No, él no debió hacerlo! ¡Antes tenía que vengarse!

LA SEÑORITA: Y ahora, por mediación mía, se vuelve a vengar mi madre.

JUAN: ¿Usted no ha querido nunca a su padre, señorita Julia?

LA SEÑORITA: ¡Sí, con todo mi corazón! ¡Pero también he debido de odiarlo mucho! ¡He tenido que hacerlo sin darme cuenta! ¡Pero fue él quien me educó en el desprecio a mi propio sexo, el que hizo de mí un híbrido de hombre y mujer! ¿Quién tiene la culpa de lo que ha pasado? ¿Mi padre? ¿Mi madre? ¿Yo? ¡Pero si yo ni siquiera tengo un "yo" propio! No tengo ni una idea que no haya recibido de mi padre, ni una pasión que no venga de mi madre, y esa última idea..., ésa de que "todos los hombres son iguales"..., ésa me la metió él en la cabeza, sí, mi prometido..., al que por eso llamo canalla... ¿Cómo voy a tener yo la culpa de todo? Cargarle culpa a Jesucristo, como hace Cristina..., no, no, soy demasiado orgullosa y demasiado inteligente para hacerlo..., gracias a las enseñanzas de mi padre... Y eso de que los ricos no pueden entrar en el reino de los cielos es mentira. ¡Y en ese caso Cristina, que tiene dinero en la Caja de Ahorros, no podrá entrar! Entonces, ¿quién tiene la culpa? ¿Qué nos importa a nosotros quién tiene la culpa! En todo caso seré yo la que cargue con la responsabilidad, la que sufra las consecuencias...

JUAN: Sí, pero...

(Dos campanillazos secos en la campanilla de la cocina. LA SEÑORITA se levanta bruscamente. JUAN se cambia y se pone la librea.)

JUAN: ¡El señor conde ha vuelto, ya está en casa! Imagínese que Cristina... (Va hasta la bocina, da unos golpecitos y escucha.)

LA SEÑORITA: ¿Habrás visto ya el armario forzado?

JUAN: ¡Sí, señor conde, soy Juan! (Escucha *) ¡Sí, señor conde! (Escucha.) ¡Sí, señor conde! ¡Ahora mismo! (Escucha.) ¡Sí, inmediatamente, señor conde! (Escucha.) ¡Muy bien! ¡Dentro de media hora!

* Los espectadores no oyen lo que dice el conde.

LA SEÑORITA: (con gran desasosiego).-¿Qué ha dicho? Habla, Dios mío, ¿qué te ha dicho?

JUAN: Quiere que le lleve las botas y el café dentro de media hora.

LA SEÑORITA: ¡Dentro de media hora! ¡Oh, qué cansada estoy! ¡No tengo fuerzas para nada! ¡Ni para arrepentirme, ni para huir, ni para quedarme, ni para vivir..., ni para morir! ¡Ayúdame! ¡Dame una orden y la obedeceré como un perro! ¡Hazme un último servicio, salva mi honor, salva el nombre de mi padre! Tú sabes lo que yo tendría que querer, pero no quiero... Haga usted un esfuerzo... ¡Déme una orden y yo la obedeceré!

JUAN: Yo no sé..., yo ahora tampoco puedo..., no comprendo lo que me pasa... Es como si esta librea me impidiese darle una orden a usted... y ahora..., desde que el conde me habló..., pues... no puedo explicárselo bien..., pero... ah, despierta en mí el maldito lacayo que llevo dentro... Estoy seguro que si ahora bajase el señor conde y me mandase cortarme el cuello, lo haría sin vacilar.

LA SEÑORITA: ¡Haga como si usted fuese él y yo fuese usted! Hace un momento mostró un gran talento de actor, cuando se arrodilló..., entonces era usted el aristócrata... o... ¿no has visto nunca hipnotizadores en el teatro? (JUAN hace un gesto afirmativo.) El le dice a su médium: "Coge la escoba." Y él la coge. Le dice: "Barre", y se pone a barrer...

JUAN: ¡Pero entonces el médium tiene que estar dormido!

LA SEÑORITA: (como en trance).-¡Yo ya estoy dormida..., la habitación está como llena de humo... y usted parece una estufa de hierro..., que semeja un hombre vestido de negro con sombrero de copa... y sus ojos brillan como brasas... y su rostro es una mancha blanca como la ceniza... (los rayos del sol caen ya sobre el suelo iluminando a Juan) ...hace un calor tan agradable... (se frota las manos como si se las estuviese calentando ante una estufa) ...y qué claridad... y qué calma!

JUAN (coge la navaja y se la pone en la mano).-¡Ahí tiene la escoba! Vaya ahora, que ya es de día, al granero... y... (Le dice unas palabras al oído.)

LA SEÑORITA: (como despertando).-¡Gracias! ¡Ahora me voy en busca del descanso! Pero antes dime una cosa..., que los primeros también pueden recibir el don de la gracia. Dímelo aunque no lo creas.

JUAN: ¿Los primeros? ¡No, no puedo decírselo!... Pero espere..., señorita Julia..., ¡ahora ya lo sé! Usted no está entre los primeros..., ¡usted está entre los... últimos!

LA SEÑORITA: Es cierto. Estoy entre los últimos de los últimos... ¡Soy la ultimísima! ¡Oh! Pero ahora ya no me puedo ir... ¡Dime otra vez que me vaya!

JUAN: ¡No, yo ahora tampoco puedo! ¡No puedo!

LA SEÑORITA: ¡Y los primeros serán los últimos!

JUAN: ¡No piense, no piense más! Me quita también a mí toda la fuerza y me convierte en un cobarde... ¿¡Qué!?! ¡No! ¡Me pareció ver que la campanilla se movía!... ¡No!

¿¡Podríamos llenarla de papel!?!... ¡Mira que tener tanto miedo a una campanilla!...

Bueno, pero es que no es sólo una campanilla..., hay alguien detrás..., una mano la pone en movimiento... y hay algo más que pone la mano en movimiento..., pero tápese los oídos..., ¡tápeselos! ¡Y entonces todavía suena más fuerte!... y sigue sonando hasta que uno contesta... ¡y entonces ya es demasiado tarde!... y llega la policía... y entonces... (Suenan dos fuertes campanillas.)

JUAN (se estremece; luego, dominándose).-¡Es horrible! ¡Pero no hay otra salida!... ¡Váyase!

(LA SEÑORITA sale con paso firme por la puerta.)

TELÓN